

Clara Voghan

# Volver a Empezar

*Pequeños Pecados, II*

*edición digital*



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)

Pedidos

y representación editorial:

CCM

[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)

## CAPÍTULO III

*"Violenta explosión en un edificio del barrio de Recoleta. Un escape de gas habría dejado el trágico saldo de un muerto, y varios heridos".*

El diario era, para las modestas finanzas de Carolina, toda una inversión. Pero ahora que había sido despedida, necesitaba encontrar un trabajo cuanto antes. La docencia le encantaba, pero nadie se preocupaba por emplear maestras hasta bien entrado el mes de febrero. Y además, en un país como la Argentina, no había nada peor remunerado que alguien dedicado a la enseñanza. No era una actividad productiva. Y es que año tras año, gobierno tras gobierno, los políticos sembraban analfabetos, y recogían votantes.

Carolina tomó el cepillo para el cabello, y la sección de avisos clasificados, y se dirigió hacia la planta alta. En la terracita que daba al jardín el sol no pegaba sino bien entrado el mediodía, y el fresco matinal perduraba hasta entonces.

Pasando por el cuarto principal, un ruido seco la sorprendió. Era como si alguien más estuviera en la casa.

Aterrada, comenzó a temblar, sin atinar a esconderse. ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la policía? ¡Si ella misma era una intrusa!...

Sin que sus acciones tuvieran ninguna lógica, blandió su cepillo como si fuera un arma, y lo cubrió con el diario que llevaba en la mano, dispuesta a enfrentarse con su destino.

Se asomó a la puerta del cuarto y...

¡Nadie!... No había nadie allí... ¿Habría ratas, como en casa de su madre?

Todavía con la mano en alto, otro ruido la hizo girar.

Y entonces lo vio.

\* \* \*

¡Iba a denunciarla!

No pensaba contarle nada a Nicolás, para evitarle el disgusto. ¡Y mucho menos a Samuel! Simplemente se iba a poner en contacto con el jefe de seguridad de la planta, para que moviera sus influencias dentro de la policía. Bastaba un llamado suyo para que un patrullero fuera hasta la mansión y echara a la tal Carolina Castro a patadas.

Victoria, a quien la vida le había enseñado a desconfiar de todos, se enfurecía cuando a pesar de sus instintos, ponía su fe en alguien, y ese alguien la defraudaba. ¡Y vaya si esa intrusa la había engañado!

—¡Espera!

El grito de una mujer la obligó a detenerse, y a girar sobre sus talones. Para su sorpresa la dama corría hacia ella, cargando con dificultad un niño de unos dos años entre sus brazos.

—¡Espera! —repitió al llegar a su lado, tratando de recuperar el aliento.

—¿En que puedo ayudarte?

—Te vi hablando con la directora. Le preguntaste por Caro, ¿no?

—¿Caro?

—Carolina Castro. La maestra de sala de tres.

—Ah, sí...

—¿Qué te dijo?

—Que no trabaja en el colegio.

—¡Has visto! ¡Te lo dije! —se indignó la mujer, hablándole a otra.

Y para sorpresa de Victoria, ahora estaba rodeada por casi una decena de madres que también acarreaban a sus hijos.

—¿Qué le dijo? —preguntó una recién llegada, todavía agitada por el envión de la carrera.

—Que no trabaja más aquí. ¡La ha despedido! —le contestó la primera.

Victoria no podía entender. Había provocado una pequeña revolución, sin saber el motivo.

—¡Yo te dije!... A mí ya me lo había contado Julia.

—Ah... Entonces borro a mi niño del colegio.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¡Señoras! —intentó poner orden Victoria—. ¿Se puede saber qué ocurre?

—¿No te das cuenta? Carolina es la mejor maestra del jardín, y la vieja bruja de la directora se siente amenazada.

—"El que sabe, sabe, y el que no, es jefe" —recitó otra de las madres.

—No entiendo... —dijo Victoria, molesta por el engaño—. ¿Entonces Carolina Castro "sí" trabaja en este colegio?

—Desde hace tres años, y hasta esta mañana. La muy desgraciada de la directora la ha despedido en vacaciones, calculando que no nos íbamos a enterar.

—Cuando los niños entraron el año pasado en sala de dos, todas eran quejas... —comenzó a explicarle otra madre—. Que eran indisciplinados, que tenían dificultades para relacionarse y aprender... ¡Si hasta nos llegaron a decir

que no eran maduros!... ¿Lo imaginas? ¡Tenían dos años, por amor de Dios! ¿Qué esperaban?... Pero bastó que Carolina se hiciera cargo de ellos, para que todas fueran felicitaciones. Lo creas o no, a los dos meses, esos mismos niños, eran el ejemplo del colegio.

—Mi hijo aprendió a leer, y es de los más chicos.

—El mío me llevó hasta el museo, sin fallar una sola calle. Les ha enseñado a orientarse por el barrio.

—Y a quién deben pedir ayuda si se pierden.

—¿Y no les hablaron sus hijos acerca de tener una "palabra clave" por si los secuestran?

Victoria escuchaba a una y otra madre, moviendo la cabeza como si se tratara de un partido de ping pong.

—Si no la vuelven a contratar, yo lo cambio...  
—vociferó la más exaltada.

—¿Por qué antes no vamos a hablar con ella?

—¿Todavía vive por Flores?

—No. Ese es el departamento que se le apropió la suegra, pobre muchacha. Ahora no tiene más remedio que vivir con la hermana.

—¿En el departamento de la calle Las Heras?

—¡No! —respondió otra, con vehemencia—. Yo vivo allí, y, por fortuna, ya se han mudado. El marido de la hermana era insoportable. ¡Ese tipo es un enfermo!

¿Creerán que intentó tocarme en el elevador? ¡Y eso que yo tenía siete meses de embarazo!

Victoria recordó haber escuchado a Carolina mencionar con angustia a su cuñado, el primer día que la había visto. Ahora podía entender el motivo por el cual la joven había huido del hogar familiar... ¿Quién podía culparla?

No. Su primera impresión había sido la correcta: la muchacha no mentía. Tal como lo había dicho, injustamente el mundo parecía derrumbarse a su alrededor. Y Victoria, mejor que nadie, sabía lo dolorosas que eran las injusticias.

Sí, la iba a ayudar. Después de todo, no le hacía mal a nadie viviendo en aquella casona desierta.

Claro que, por las dudas, no iba a mencionárselo a Nicolás. Él era demasiado legalista, y muy difícil de conmovér...

¡Y si se topaba con Carolina, no iba a parar hasta echarla de inmediato!

\*       \*       \*

Al ver la mujer que lo estaba enfrentado, Nicolás, desnudo como Dios lo había traído al mundo, (y como solía estar en las numerosas playas que Mercedes lo había hecho visitar en su adolescencia), alzó los brazos y cerró los ojos, dispuesto a entregarse a su destino.

Para su sorpresa, nadie disparó.

Confundido, observó a la joven armada que tenía enfrente. Ella también había cerrado los ojos, luego de proferir un grito de horror. Y así estaba, una belleza morena, con un gesto gracioso, y el ceño fruncido, blandiendo algo que no era más que un cepillo para el cabello.

—¿Quién eres tú? —exclamaron al unísono.

—Yo soy el dueño de esta casa —se apuró a decir Nicolás.

Carolina abrió los ojos, pero al darse cuenta de que el otro estaba totalmente desnudo, volvió a cerrarlos.

¿Era o no era?

¡No podía ser tan desafortunada!

Como si eso aminorara el pecado, la muchacha entreabrió uno solo de sus bellos ojos negros para cerciorarse.

¡Era!

¡Increíble su poca fortuna!... El tipo desnudo no era ni más ni menos que... ¡el tipo del banco!. El mismo al que Nachito había usado como pañuelo...

—¿Te conozco? —preguntó Nicolás, mientras giraba alrededor de ella para observarla.

—¡No! —se apuró a exclamar la muchacha con vehemencia, abriendo los ojos, sólo para cerrarlos de inmediato— ¿Puedes cubrirte? —suplicó.

Carolina no era de aquellas que se daban vuelta para mirar el trasero de un hombre con deseo. Ni siquiera lo había sido en plena adolescencia, cuando sus compañeras de colegio jugaban apuestas acerca de la ubicación que tendría cada mañana el sexo del profesor de biología, en su estrecho pantalón. No. Ella siempre había tenido cierta timidez con el cuerpo masculino. Y jamás un hombre le había parecido hermoso si estaba desnudo, (¡ni siquiera Brad Pitt!). Pero éste, debía confesarlo, era la excepción. ¡Se veía magnífico! Y hasta su sexo, en medio de aquel vello dorado...

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó Nicolás, mientras se calzaba los pantalones con apuro.

La joven, como si él hubiera podido leer sus pensamientos, enrojeció.

—Yo... Yo... trabajo aquí. Soy una especie de casera: limpio, ventilo los cuartos, y atiendo a los potenciales compradores de la mansión.

Nicolás la observó con suspicacia, mientras se apuraba a tomar su teléfono celular para marcar un número.

—¿A quién llamas? —preguntó la muchacha, temiendo lo peor.

—A la inmobiliaria. Nadie me ha hablado de...

—¡No! —se espantó Carolina—. No han sido ellos los que me han contratado...

—¿Y entonces? —dijo él, cerrando el aparato—. Piensa bien lo que me vas a contestar, porque de lo contrario, no dudaré en llamar a la policía.

Carolina enmudeció. Tenía que pensar rápido, y tenía que pensar bien, si no quería pasar sus vacaciones de verano tras las rejas.

—Fue tu amiga Victoria Ferrari la que me pidió que me quedara aquí...

Nicolás la observó, sorprendido.

—¿Victoria?... ¿Victoria te contrató?

—Yo necesitaba trabajo, y ella pensó que la mansión estaba muy desprotegida.

—¿Y te contrató a ti para cuidarla?... ¡Ya veo como lo haces! Entré, me acosté, e incluso tomé un baño, como si nada. Pasé toda la noche en la casa, y tú recién te enteras...

—Estaba dormida...

—¡¿Pero acaso vives aquí?!

Carolina no se atrevió a contestar. Por el contrario, sin cálculo alguno de su parte, se limitó a poner la misma cara que ponían sus alumnos cuando los acusaba por haber hecho algo malo. Una cara culpable y encantadora a la vez.

Por un segundo Nicolás se dejó conmover. La muchacha se veía deliciosa con aquel cabello oscuro cayendo sobre sus pechos voluminosos y suaves, y esos labios carnosos que invitaban a...

¡Qué estaba pensando!

—Pues sea quien sea que te haya contratado, ahora no me vas a hacer falta —le dijo impiadoso—. Tendré que vivir aquí por un tiempo, y entenderás que no puedes quedarte conmigo... Tus funciones, cualquiera que hayan sido...

—Tenía que proteger la casa —dijo ella con desesperación.

—¿Con un cepillo?!... Mira, no sé como entraste aquí, pero no me trago eso de que Victoria haya tenido que ver con el asunto. Pareces buena persona, y no creo que estés interesada en un escándalo. Será mejor que te vayas en paz...

El celular de Nicolás sonó con estridencia, y él se apuró a contestarlo, agradecido. Tenía miedo de que la extraña se pusiera a llorar, o le suplicara...

—¿Hola?

Y como si fuera el destino, del otro lado sonó la voz de su amiga Victoria.

—¡Justo!... —dijo al aparato, mientras echaba un involuntario vistazo a la muchacha que tenía enfrente.

¡Una estupidez!

La jovencita no lloraba, pero tenía tal carita de desolación, que podía partir el corazón hasta del más desalmado.

Y además era hermosa.

—Mira Victoria, hay aquí una muchacha que dice que...

Carolina se espantó. ¡Típico de su suerte!... De todo la gente que había en el mundo, justo tenía que llamar Victoria Ferrari. Bastaba que mintiera una vez en su vida para que...

—Ella insiste en que tú la has contratado.

¡Horror!... Carolina entrecerró los ojos, predisponiéndose para lo peor.

—¡Ah!... —dijo Nicolás confundido, mientras volvía a mirar a la muchacha—. ¿Y cuánto se supone que le pago por mes?.... —preguntó a su amiga Victoria, del otro lado de la línea, y se espantó con la respuesta— ¡¿Tanto?!

Por un momento Carolina se iluminó con algo de esperanza.

—Bueno —le dijo al fin aquel hombre imponente, del que no recordaba el nombre, mientras volvía a cerrar el teléfono—... al parecer eres mi empleada.

La muchacha bendijo en su interior a aquella dama que tanto la estaba ayudando.

—Como te anticipé —continuó él—, tendré que vivir aquí por unos meses. ¿Podrás encargarte también de mi ropa, y algo de cocina sencilla?

—¡Por supuesto! —contestó ella con alegría. Y le regaló aquella sonrisa dulce que siempre le ganaba el favor de los hombres.

Por un instante Nicolás cedió a su embrujo, pero de inmediato logró reponerse.

¡Mal comienzo! Tendría que ser firme con ella si no quería que las cosas acabaran mal. Y se le ocurrían muchas formas en que las cosas podían acabar mal cuando un hombre soltero convivía con una mujer con esos labios y ese culo...

La miró una vez más, confundido

—¿Estás segura que no nos vimos antes? —volvió a preguntar.

Y por toda respuesta el corazón de Carolina comenzó a golpetear con fuerza.

\* \* \*

—Ojalá que el muy hijo de puta explote en mil pedazos, y que su verga se hunda en medio del río...

Desde la noche anterior que Agustina repetía lo mismo, como si se tratara de un mantra.

Estaba furiosa. ¡El muy idiota de Nicolás la había rechazado otra vez! ¡Y era la tercera oportunidad en aquella semana en que hacía lo mismo!...

Ahora ya eran más de las diez de la mañana, y el muy imbécil todavía no había aparecido por el estudio. ¡Mierda!

El teléfono del escritorio de la joven sonó embravecido.

¡Finalmente!

—¿Dónde carajo te has metido? —gritó al auricular. Pero la respuesta la sorprendió.

—¿Agustina?

—¡Miranda! ¿Qué haces despierta tan temprano?... Creía que no te levantabas hasta el mediodía.

—¡Ni me lo recuerdes!... El condenado bebé insiste en tomar la teta cada tres malditas horas...

—¿No le ibas a dar biberón, para no deformarte?

—Dar la teta adelgaza, y eso es lo único que ahora me importa.

—¿Qué necesitas, Miranda? Estoy esperando una llamada y...

—Quería saber como está tu novio.

—¡Qué sé yo como está! Desde anoche que no lo veo, y sospecho que se la ha pasado con alguna puta.

—¡Claro! ¡Con Claudia Soto! —informó la otra con seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Todo el país lo sabe! La niña está ahora mismo en la televisión, tratando de explicar qué carajo estaba haciendo en la casa de su abogado, a las doce de la noche.

—¿Cómo? —se sorprendió Agustina.

—¿Es posible que no sepas lo que ha ocurrido?... El departamento de tu novio explotó en mil pedazos cuando la modelo estaba allí con él.

Un sudor frío corrió por el cuerpo de la joven. Su deseo se había cumplido ¿Al menos la verga de su novio se habría salvado?

—¿Y él como está? —se animó a preguntar.

—¡Qué se yo!... Para eso te llamaba a ti. En el noticiero hablaron de un muerto y algunos heridos...

—¿Crees que Nicolás...? —preguntó Agustina horrorizada, sin atreverse a terminar la frase.

Y bastó aquel turbio pensamiento para que, en un instante, se diera cuenta de la precariedad de su situación. Cada aspecto de su vida giraba en torno de su jefe: trabajo, posición, futuro. Y si él moría, se quedaba sin nada

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—No... El que murió es un ingeniero.

La noticia la tranquilizó, pero, por más que lo intentara, no podía dejar de llorar. Se sentía sola y frágil. Tenía lástima de sí misma. Había apostado todas sus fichas a un solo hombre, y ahora se daba cuenta de que si algo le pasaba, o si Nicolás se volvía inmune a sus lágrimas, lo perdía todo.

Y a ella no le gustaba perder.

\* \* \*

La puerta del elevador se cerró. Nicolás apretó el botón del tercer piso y se resignó a su suerte. Ahora le tocaba enfrentar la reacción de Agustina. Todo el mundo conjeturaba acerca de la presencia de Claudia Soto en su casa, y su secretaria no iba a ser la excepción. De seguro iba a haber lágrimas fingidas, y escenas de celos...

¡Lo que le faltaba, luego de la peor noche de su vida!

Lo único bueno del asunto era que, si lograba jugar bien sus cartas, podía llegar a aprovechar para ofenderse, y cortar aquella relación que lo estaba asfixiando.

Para cuando el elevador se abrió, ya estaba decidido. Ninguna reacción de su amante iba a tomarlo por sorpresa. La conocía demasiado.

Estaba preparado para todo...

Excepto para eso.

\* \* \*

Una sonora cachetada.

Agustina lo acababa de recibir con una sonora cachetada. El primer acto sincero que le había visto hacer en años. Un gesto dolido y desesperado que lo hizo tambalear.

Y luego, sin mediar palabra, la joven se había puesto a llorar. Pero no como lo hacía siempre. No. Esta vez su llanto parecía provenir del centro mismo de sus entrañas.

Y Nicolás se conmovió.

Hecha un ovillo, oculta la cara entre las manos, transida de dolor, la muchacha continuaba llorando. Era como si no pudiera recuperarse del miedo que había sentido al saberlo en peligro. Era como...

Era como si lo amara.

¿Tendría razón Victoria? A su manera oscura y manipuladora, ¿serían verdaderos los sentimientos de Agustina?

Y quizás porque todavía estaba perturbado por haber chocado tan de cerca con la muerte; o porque nunca antes había experimentado el amor desinteresado de una mujer hacia él, un extraño pensamiento se apoderó de su mente:

Sí. Estaba listo para darle a su novia otra oportunidad.

Otra oportunidad.

Una buena oportunidad. Casa, comida, y un pequeño sueldo para reemplazar al que había perdido, y así poder pagar cuanto antes la cuota de un televisor ajeno, ubicado en una casa a la que ya no podía entrar. Carolina sabía que, como todo en su vida, era injusto. Pero como con todo lo demás, no le quedaba más que resignarse: si hubiera comprado el televisor en cuotas otorgadas por el negocio, simplemente hubiera bastado con dejar de pagar, para que se llevaran el maldito aparato. Pero como las cuotas se las había dado la tarjeta, su deuda era para con el banco. Y ellos no querían el televisor. Querían el dinero. Su dinero.

Por fortuna Victoria Ferrari se había apiadado de ella, y ahora tenía esa magnífica oportunidad.

Ocuparse de la casa le encantaba. Pero, lamentablemente, ocuparse del dueño de la casa también le encantaba. Durante el día trataba de no cruzarlo, pero durante la noche... Durante la noche no podía evitar soñar con aquella presencia inquietante. Y no sólo porque era el tipo más lindo que había visto en su vida. Era también por la exquisita gentileza con la cual aquel hombre poderoso se comunicaba con ella, y con los demás. Una dulzura que delataba su buena cuna. Y una tristeza a flor de piel que la conmovía.

Claro que Nicolás Expósito estaba totalmente fuera de su alcance. ¿Pero por qué no soñar? ¿Qué mal hacía con eso?

Y así, cada noche, se dormía acariciándolo en su imaginación. Peinando ese mechón huidizo. Consolándolo.

¡Qué idiota!... ¡Como si un hombre como él necesitara de alguien que lo consolara!

\* \* \*

—Ese no es uno de los boxers que yo te compré...  
—repetió por tercera vez Agustina, con ese tono mandón que a su novio lo sacaba de quicio—. ¿No vas a contestarme? —insistió.

—Toda mi ropa se arruinó con la explosión.

—Pero los trajes...

—Me hice enviar los mismos, excepto por ese maldito traje claro.

—¿Y las camisas?

—Son nuevas... Y también la ropa interior.

—¿Las compraste tú?

—No soy tan inútil como para que te sorprendas así...  
—le dijo con tono de reproche.

Aunque le estaba mintiendo.

Carolina le había comprado la ropa. Muy buena ropa. Útil y sin pretensiones. Como era ella. Como era él... Y lo más extraño: a pesar de no conocerlo, había adivinado su gusto. Todo lo contrario de lo que ocurría con Agustina. A ella la llenaba de instrucciones precisas respecto de lo que quería, a pesar de lo cual la muchacha siempre se las ingeniaba para traer algo distinto. Algo poco práctico y a la moda.

Y no sólo en eso parecía tener su nueva empleada un buen criterio. Sus palabras eran siempre medidas, y sus juicios interesantes.

Y su sonrisa...

—¿Por qué no quieres que vaya a la casa de tu padre?

Las palabras de su novia lo volvieron a la triste realidad. Sorprendido en falta, sólo se atrevió a responderle con otra pregunta:

—¿No te gusta este hotel?

—¿Qué me ocultas, Nicolás?... ¿Acaso alguien vive allí contigo?

—¡Claro que no! —se ofendió él.

Por cierto no era muy maduro de su parte el mentir así. No era algo que lo enorgulleciera. Pero era su pequeña venganza contra Agustina, y su forma de invadirlo.

En su interior se dejó inundar por esa extraña sensación de libertad que le daba el hecho de mantener en secreto la

presencia de Carolina en su casa. O su ausencia, porque la muchacha se dejaba ver demasiado poco para su gusto.

De alguna forma, aquella extraña se había vuelto la mujer ideal: invisible, y a la vez omnipresente. Una caricia tan esperada como segura.

—¿Por qué te sonríes? —se enojó Agustina.

Sí... Carolina tenía todas las cualidades que él buscaba.

¡Y unos labios...!

\* \* \*

—¿Escuchas lo que estás diciendo? —le reprochó su amiga Victoria.

—Sí... Claro que sí. ¿Qué hay de malo en desear que la persona que te acompañe te ayude, sin cruzarse en tu camino?... Es maravilloso poder ser libre, sin tener que padecer la soledad —se defendió Nicolás.

—Me haces recordar a mi bebé. Tu querido ahijadito se había tomado por costumbre llorar en el medio de la noche. Al parecer se despertaba solo en su cuna, y reclamaba mi presencia. ¡Te imaginarás como me sentía yo! Venía todos los días sin dormir. Pero el pediatra me explicó como solucionarlo: bastaba que pusiera en su cuna un "objeto acompañante". Y así lo hice. Esa misma noche lo puse a dormir junto a un perrito de peluche. ¡Santo remedio!...

Gabriel no notó la diferencia. Para él daba lo mismo su mamá, que un juguete peludo...

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Que tu también quieres un "objeto acompañante". Alguien que esté siempre de buen humor, que satisfaga tus necesidades, y que no te pida nada... Pero tengo malas noticias para ti: las mujeres no somos así. Somos personas. Y mal que les pese a los hombres, también tenemos nuestros gustos y sueños. Te sientes cómodo con Carolina porque ella no espera de ti más que un sueldo a fin de mes. Pero si te pidiera algo más, aunque fuera una cosa pequeña, te hartaría, como te harta tu novia.

—Entonces, prefiero que nada cambie. Así como están las cosas soy feliz, por primera vez en mucho tiempo.

Victoria lo contempló con llamaradas en los ojos. ¿Cómo podía su amigo ser tan egoísta e idiota?

Por fortuna Samuel era completamente distinto...

Pero... ¿Acaso era su marido el único hombre que valía la pena en este mundo?

\* \* \*

—¡No es egoísta!... Nunca ha estado enamorado, que es distinto.

—No, Samuel... —insistió Victoria amargada—. Hablaba en serio.

Cohen se puso de pie, y la tomó entre sus brazos. Adoraba esa forma que tenía su esposa de preocuparse por aquellos que amaba.

—Yo también pensaba lo mismo... —le confesó entre caricias—, hasta que te conocí. ¿Recuerdas la primera reunión de accionistas a la que fuimos juntos? Cuando el tipo aquel te maltrató, sentí que me hervía la sangre. Me dolía tu dolor como si fuera propio... Fue entonces cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti. Ya no era sólo yo. Ahora éramos "nosotros"... Y aunque no te había poseído, me sentía adentro tuyo... Para ustedes las mujeres es más natural ser generosas... Como hizo Agustina con Nicolás, Amanda nunca me pidió nada en todo el tiempo que estuvimos juntos. Pero eso no es amor. En el verdadero amor se da mucho, pero también se necesita mucho del otro. Una pareja se construye de a dos, y no reclamar lo que nos deben, no es generosidad, sino cobardía.

—Pero cuando Agustina se animó a reclamar, es cuando a Nicolás comenzó a molestarle.

—Porque nunca la amó. Si ella le hubiera exigido antes, ninguno de los dos hubiera perdido el tiempo, o se sentiría ahora defraudado.

—¿Entonces crees que el día que Nicolás se enamore, va a cambiar?

—Creo que, sin saberlo él, ya está cambiando...

Su esposa lo miró con suspicacia.

—Me pregunto cuánto tendrá que ver la invisible Carolina con ese cambio...

\* \* \*

Agustina revoleó sus bellos ojos azules, (lentillas mediante), en un gesto indudable de disgusto. ¿Cómo escapar de allí con elegancia?

Volvió a mirar a la mole que tenía enfrente.

¡¿A quién le importaba la elegancia?!

—¡Me voy! —exclamó la muchacha, casi como si estuviera insultando a su acompañante.

—Pero creí que íbamos a... —reclamó el otro, confundido.

—Y yo creí que eras soltero y dueño de una flotilla de camiones. Y ahora resulta que estas divorciado tres veces, tienes cinco hijos, y del único camión que posees, debes hasta la gasolina.

—¡Oye! —se defendió su acompañante—. ¿Quién eres? ¿Acaso te envía el fisco?... Yo sólo quería acostarme contigo...

—¡¿Acostarte conmigo?! —se exaltó la otra, sin molestarse en ocultar su asco—. A ti no te quiero ni para que me pagues el café. Y, por cierto, creo que ni siquiera te alcanza el dinero para eso...

El tipo iba a contestar, pero calló. Si la niña no quería ir a la cama, era justo que se hiciera cargo de la cuenta. Así que, fingiendo un enojo que no sentía, (estaba acostumbrado a los rechazos), se apuró a escapar de allí.

Agustina lo observó partir con alivio. ¿Esto era lo que la esperaba de ahora en más? La mayoría de los tipos no querían comprometerse, y los que no tenían problemas con eso, lo hacían una y otra vez, pasando de un matrimonio a otro con descaro, dejando por detrás un tendal de hijos.

Y del dinero, ni hablar...

Para una secretaria ejecutiva como ella, con un sueldo razonable, (que gastaba íntegramente en ropa), proveniente de una familia acostumbrada a "vivir con lo justo", los candidatos capaces de alejarla de un futuro de sacrificios, no abundaban. De los cinco tipos con los que había salido luego de la pelea con Nicolás, (cuando el asunto de la modelo había "explotado" en los medios), ni siquiera los que eran profesionales, (un médico y un sociólogo), ganaban más que ella. La mayoría de los hombres de menos de cuarenta en la Argentina, (crisis mediante), apenas lograban subsistir.

Sí... Miranda tenía razón. Nicolás era un "premio gordo". Buen mozo, millonario, y "muy manejable". Claro que del amor que había sentido por él en un principio, luego de tantos desaires, sólo quedaba un profundo resentimiento.

Entonces... ¿qué mejor motivo que la venganza para atraparlo con un hijo?

Y así, sola en aquel bar miserable, por primera vez comenzó a considerar con seriedad los horribles consejos de su amiga...

Después de todo, si los demás actuaban mal, ¿por qué iba a ser ella la excepción?

\*       \*       \*

Era gracioso verla a la distancia. Se ponía de pie, y se acomodaba el jean de forma de poder agacharse con comodidad, sólo para volver a ponerse de pie, y volver a acomodarse.

Resultaba delicioso verla junto a las flores, manchada de tierra, con sus dos trenzas largas cayendo sobre la espalda; con sus mejillas arrebatadas por el sol de la tarde. El calor era intenso, y Carolina había estado enfrascada en sus tareas de jardinería desde la mañana. La blusa se le pegaba al cuerpo por el sudor, y toda ella se veía... inquietante.

—¿No sería más cómodo si usaras una falda?

La muchacha observó a Nicolás, y se ruborizó. Así, con la luz del atardecer, se veía como uno de esos héroes románticos que poblaban las tapas de los libros que leía a escondidas.

—Nunca uso faldas... —dijo al fin, tratando de concentrarse en la realidad.

—¿Es por algún motivo religioso, o...

—Tengo las piernas gordas.

Nicolás sonrió. Le encantaba su sinceridad. La forma sencilla y sin cálculo que tenía para hablar.

A ella, en cambio, la presencia de su jefe la estaba poniendo nerviosa. Y es que siempre los hombres la habían intimidado, y mucho más si eran jóvenes, hermosos o reales. Criada en una casa de mujeres solas, y habiendo cursado sus estudios en una facultad donde los varones eran una rareza, (en más de un sentido), comunicarse con el sexo opuesto le resultaba difícil. Por eso cuando Tommy la había perseguido para conquistarla, ella se había asido a él como a una tabla de salvación, frente a un futuro que vislumbraba solitario.

¡Y pensar que apenas unos pocos años después...!

—¿Vas a salir? Es sábado, y pensé que... —comenzó a decir Nicolás, pero de inmediato se detuvo.

—No —fue la lacónica respuesta de la muchacha.

—Nunca sales... ¿No tienes familia..., o novio...?

El joven abogado se arrepintió de sus palabras. Su buen juicio le decía que se estaba metiendo en terreno riesgoso. Por fin había encontrado a la mujer perfecta, (una mujer invisible), y con aquella pregunta podía poner en riesgo tan

maravilloso hallazgo. La intimidad, como había aprendido con Agustina, siempre daba derecho a la pareja para hacer exigencias e imposiciones. Y lo último que quería era otra dama reclamando por su ya maltrecha soberanía.

Pero la verdad era que se moría por saber si aquella mujer perfecta, (como la otra mujer perfecta que conocía), ya tenía dueño.

—Lo que no tengo es dinero —contestó ella, sin responderle en lo absoluto—. Para salir hace falta efectivo.

—Bueno, tampoco creo que se necesite tanto... Después de todo, yo te pago un sueldo, y aquí no gastas nada. El dinero te tiene que alcanzar y sobrar.

—Tengo muchas deudas. Los intereses de las tarjetas de crédito son agobiantes, y a medida que pago, debo un poco más.

—Sí... Son terribles... Engañan a la gente con las cuotas, y después ahorcan.

—¡Odio las cuotas! Si fuera por mí, sólo compraría en efectivo.

—¿Y entonces?

—A veces no se trata de lo que uno quiere.

—No entiendo...

—Tommy, mi novio, compró un televisor de cristal líquido, y...

"¡Ah!... Tiene novio", pensó Nicolás desencantado, pero se limitó a decir:

—Caprichos caros los de tu novio...

—Le gustaba mucho el fútbol.

—¿Le gustaba?

—Chocó con su moto y murió.

"¡Ah!... Tenía, pero no tiene", se repitió con satisfacción.

¿Con satisfacción?! ¿Por qué?... ¿Acaso el que un pobre muchacho hubiera muerto en plena juventud lo hacía feliz?  
¿En qué clase de hombre se había convertido?!...

*En uno que buscaba a la mujer perfecta.*

—¿Y no te dejó nada de dinero?

—Es una historia larga... —respondió la joven en forma evasiva.

No quería quedar como una idiota delante de ese hombre inteligente.

—¿Vivieron juntos mucho tiempo?

—Desde el día que cumplí los veintinueve, hasta que murió, hace unos meses atrás...

—¿Tienes más de veintinueve? —se sorprendió él.

Y Carolina se ruborizó.

—Tengo treinta y dos.

—¡Ah! —comentó en tono juguetón—. Eres una mujer mayor...

Pero a la muchacha sus palabras no le causaron ninguna gracia. Se sentía mayor... Se sentía una vieja.

—Te daba a lo sumo veinticinco, o veintiséis... —trató de enmendarse—. Yo tengo treinta.

—¡Ah! —se limitó a responder ella, apurándose a volver a sus tareas de jardinería.

¡Treinta!

Hasta el importante doctor Expósito era menor que ella... ¡Se quería morir!

—No sé si la viste, pero algunas veces ha venido de visita Claudia Soto, la modelo —comentó él, que no se resignaba a dar por finalizada la charla—. Ella es mi cliente.

Sí... Carolina la había visto colarse a la casa por las noches, y no precisamente con la actitud de quien concurre a una oficina.

—Se separó del novio y ahora él reclama un treinta por ciento de sus contratos... Nunca termino de entender por qué la gente es tan tonta como para no prever problemas a la hora de...

La joven se sintió tocada, y respondió con una cierta vehemencia: —Es horrible hablar de dinero y previsiones con la persona que amas...

—Si se aman de verdad tendrían que poder hablar de cualquier cosa... Incluso de dinero y previsiones.

—Nunca has vivido en pareja, ¿no? —preguntó ella con sarcasmo, mientras levantaba la cabeza y lo miraba a los ojos.

Sin embargo, como buen abogado, Nicolás asumió su propia defensa:

—No necesito haberlo experimentado para darme cuenta de que la convivencia no es un lecho de rosas. Un día te parece que estás junto a la mujer de tu vida, y al siguiente descubres que mea con la puerta abierta... Todas las cosas acaban, y el amor no es una excepción. Sería estúpido entonces no tomar ciertas precauciones para cuando llega el momento. Y te puedo asegurar por experiencia profesional, que generalmente son las mujeres las más perjudicadas... Y no te estoy hablando del tipo que le sacó los diez millones de dólares a la conductora. Son las esposas, pobres o ricas, las que llevan las de perder. Sobre todo si hay hijos. Porque, ¡vamos!, si uno de los dos ha dejado de lado su carrera para atender la casa, o criar un hijo, es lógico que, si se separan, el otro lo reintegre por sus molestias... Como en cualquier sociedad comercial, no es justo que uno sólo se haga cargo de las pérdidas...

Cuando Nicolás terminó de hablar se sintió satisfecho de su discurso. Esas eran las palabras de un hombre moderno e inteligente, dispuesto a asumir sus responsabilidades. Un hermoso discurso que sacaba a relucir cada vez que su

cliente era la esposa, y que olvidaba en algún cajón cuando, por el contrario, el que le pagaba era el marido.

Sin embargo, para su sorpresa, Carolina lo observaba ahora con disgusto. Y es que la muchacha, a pesar de que él había salido en defensa del género femenino, estaba indignada por aquella visión tan materialista del amor.

*(¿Quién entiende a las mujeres?!)*

—Mira —comenzó a decir ella, tratando de explicarse— Supón que yo estoy enamorada de ti...

*Mal ejemplo... Pero ahora que había comenzado a hablar, ¿cómo podía remediarlo?*

—...Se supone que me he enamorado por como eres tú...

*Se estaba embarrando más...*

—... Que me gustas...

*¡Peor!*

Ahora Nicolás la observaba fijamente, y ella sólo quería hundirse en el pozo que estaba cavando para plantar las rosas.

—... No sería justo para ti que una vez que comenzáramos a convivir yo intentara cambiarte, o que pretendiera obtener dinero si las cosas no salieran bien entre los dos... Finalmente tú tienes todo el derecho de ser como eres, y al irme a vivir contigo yo sabía en lo que me estaba metiendo...

Su jefe la miró a los ojos, tratando de descifrarla. ¿Era sincera?

¡Por fin una mujer que opinaba como él!.

Pero... ¿por qué al escucharlo de aquellos dulces labios, el argumento no parecía tan lógico?

—No —respondió al fin, abatido—. No, tienes razón, no sería nada justo para mí... Pero tampoco lo sería para ti si entregaras todo, a cambio de nada.

Carolina agachó la cabeza y fijó la vista en la tierra que estaba removiéndolo como si allí estuviera escrita la clave de aquel pasado con Tommy, que tanto le había dolido.

—Sí... —respondió al fin, apesadumbrada—, no fue nada justo para mí.

Y aquel dolor conmovió a Nicolás.

Y es que si las lágrimas de una mujer "lo podían", aquel dolor contenido lo doblegaba completamente, dejándolo a merced de sus propios sentimientos. Unos sentimientos que hacía esfuerzo por ocultar cada día, y que eran huella de esa estúpida sensibilidad que arrastraba desde sus días de huérfano.

Sopló el viento, y un aire suave los envolvió, en medio del calor insoportable

Fue un segundo.

¿Acaso fue aquella brisa fresca la que los obligó a mirarse a los ojos?

Fue un segundo.

Y en ese segundo mágico no sólo se miraron, sino que, por primera vez, se vieron.

Quién los hubiera estado observando desde lejos, se hubiera sorprendido al notar la extraña sincronía con la cual, al encontrarse a los ojos, ambos habían agachado la cabeza, en un gesto similar, mezcla de culpa y vergüenza.

—Debo irme... —se apuró a decir la muchacha—. Tengo que hacer algunas compras para la cena.

Y sin levantar los ojos de la tierra, como si en ella se encontrara la clave para descifrar su futuro, Carolina comenzó a recoger sus útiles de jardinería en una canasta.

—Déjame que te ayude...

—No... Vas a ensuciarte... —se apuró a responder, mientras hacía esfuerzos para alcanzar el equilibrio.

Instintivamente él la tomó entre sus brazos para ayudarla a ponerse de pie.

Fue un segundo.

Fue rozarse. Fue encontrarse piel con piel. Fue inundarse del calor del otro.

Fue un segundo.

Pero fue tan intenso que los dos se alejaron, confundidos.

Y entonces, en la sala, el teléfono comenzó a sonar con fuerza.

\* \* \*

"Razonar siempre antes de reaccionar".

Eso era lo que el padre Esteban solía repetirle a Nicolás cada vez que él se trezaba con algún compañerito en feroz pelea.

"Razonar siempre antes de reaccionar", le decía el padre "Estaca" (como lo llamaban todos, con enigmático apodo).

Y como siempre entonces, ahora tampoco lo había obedecido.

Carolina le gustaba. Mucho. Pero había también otras mujeres que le gustaban mucho, y que, además, tenían el buen gusto de no convivir con él. Acostarse con su empleada estaba fuera de toda discusión. Por más que lo calentaran aquellas caderas generosas, aquel culo redondeado, y esos labios increíbles que enmarcaban una sonrisa difícil de resistir, ser amante de la muchacha era totalmente desaconsejable. Porque el sexo, fuera con quien fuera, era siempre glorioso, pero una vez acabado, toda mujer se volvía insoportable.

*"¿Te ha gustado?"; "¿En qué piensas?"...* Aquellas eran las frases que antecedian a la tragedia. ¿Y cómo podía escapar de tan triste destino, si la amante de turno dormía bajo el mismo techo que él? Un destino triste pero hermoso, de piel oscura y trenzas largas, tenía que acordar. Pero un destino del que su buen juicio lo instaba a huir.

"Razonar siempre antes de reaccionar", se repitió. Y razonando era fácil darse cuenta de que necesitaba una mujer. Otra mujer. Un "objeto acompañante" que pudiera dejar olvidado en la cama cuando no le hiciera falta.

El calor era abrumador. Con Carolina habían decidido no arriesgarse a encender los aires acondicionados hasta que se les efectuara una limpieza, así que las gotas de sudor corrían por la cara de Nicolás, mientras su sexo reclamaba.

Y la culpa comenzaba a invadirlo...

¿Cuándo se había vuelto un tipo tan cínico y egoísta? Le era fácil darse cuenta de las fallas del tal Tommy. Le era fácil distinguir en la fragilidad de Carolina lo injusto que su "ex" había sido al autoproclamarse rey y señor en la relación. Y sin embargo, cuando se trataba de él mismo, no dudaba en exigir iguales prerrogativas a sus parejas.

Sí, era cínico y egoísta. Pero, ¿qué culpa tenía?... Después de todo... era un hombre.

\* \* \*

Carolina apoyó la canasta en la mesa, e intentó recobrar el equilibrio perdido, mientras, impiadoso, el teléfono seguía sonando. Las piernas le temblaban, y todo su ser se estremecía.

¿Qué había sido eso?

¡Guau!

Aunque...

Estaba fantaseando. Era imposible que alguien como Nicolás Expósito...

—¿Hola?

Del otro lado de la línea se escuchó un silencio tenso.

—¿Casa de los Uriburu? —preguntó una voz desconocida de mujer, justo en el momento en que Carolina se aprestaba a colgar el auricular.

—No.

Pero una vez más aquella voz la detuvo.

—¿No es la casa del doctor Nicolás Expósito?

—Sí.

—¿Y quién mierda eres tú?!

La voz exasperada y chillona de la mujer dejó a Carolina sin respuesta.

—¿Perdón?

—¡Lo oíste perfectamente, no te hagas la idiota!. ¿Quién eres tú?

—Soy una empleada... ¿Y usted quién es?

—Soy la novia de Nicolás.

Por supuesto, tenía novia.

—¿Y tú?... ¿Vives allí, en la casa?

—Disculpe, señorita, pero entenderá que, por una cuestión de seguridad, no puedo darle esa información a cualquier desconocida que llama por teléfono.

—No soy una desconocida —se enojó la otra—. ¡Soy la novia!

—¿Quiere que la comunique con él?... Acabamos de entrar del jardín. Debe estar por aquí cerca...

"¿Acabamos?"

Aquel plural le resultó a Agustina, como mínimo, sospechoso. Y la niña del otro lado del auricular sonaba joven, y demasiado instruida como para ser sirviente.

¿Qué estaba ocurriendo en esa casa?!... Había bastado que dejara suelto por unos días a su novio, para que alguna idiota se le echara encima... "Cuando el gato no está..."

Pero ahora comenzaba su turno de salir a cazar unas cuantas ratas.

\* \* \*

—Las mujeres lo llevan en la sangre.

—¿Qué?!

—Que las mujeres son siempre más generosas que los hombres. Nosotros somos egoístas. No podemos evitarlo.

Victoria miró a su amigo Nicolás indecisa. No sabía si estrangularlo primero, y golpearlo en la entrepierna hasta que pidiera perdón después, o viceversa.

Lo cierto era que desde que su departamento había volado por los aires, o en el momento en que Carolina había entrado a su vida, no podía precisarlo, Nicolás estaba muy cambiado.

Antes era un hombre egoísta como los demás, pero que se disfrazaba de "sensible" a la hora del discurso. Ahora, en cambio, daba la impresión de que comenzaba a cuestionar su machismo encubierto, y buscaba en el exterior una justificación a sus sentimientos más oscuros. Era como si, por primera vez desde que lo conociera, las necesidades de una mujer hubieran sacudido su mundo perfecto de rey de la creación...

Le faltaba una costilla, y recién ahora se daba cuenta.

—De verdad, no podemos evitarlo —insistió él, ante el silencio de su amiga—. Estamos acostumbrados a ocuparnos sólo de nosotros. Y, si piensas bien, la culpa de

eso es de ustedes, por educarnos así. Las madres te hacen sentir que eres lo más importante en el mundo.

—¿Las madres?! ¿Tú madre?!

—¡No! Claro que mi madre no. La conoces a la perfección. Pero yo no diría que mi madre, o las monjas, son mujeres. Son más bien secuaces del demonio... Pero las mujeres de verdad, como te dije, lo llevan en la sangre. Y hasta la más perversa de las amantes durante la noche, se preocupa por ti si te ve "moqueando" en la mañana.

—¿Y el que nosotras seamos naturalmente generosas, los justifica a ustedes para que se comporten como unos cretinos?

—No podemos evitarlo. Es genético... Mira a ese tipo Tommy, por ejemplo...

—¿Tommy?... ¿Quién es Tommy?

—¿No lo sabes?... Creí que Carolina te lo contaba todo...

"¡Ah!. Carolina... ", pensó Victoria. Y no pudo evitar una involuntaria sonrisa.

—Tommy era el novio de Carolina. ¡Bah, novio!... Vivían juntos. Pero al parecer, el muy idiota nunca se tomó el trabajo de... —se ofuscó Nicolás. Pero como si su propia vehemencia lo hubiera asustado, se interrumpió y se apuró a retomar el tono calmo—. Yo no puedo juzgar al tipo. Es más, casi lo entiendo: tienes a esta mujer perfecta a tu lado y... No piensas que vas a matarte con la moto. Y de repente,

¡bum!, tu departamento estalla en mil pedazos... Nunca piensas esas cosas... ¡Qué sé yo!, los hombres no pensamos...

"Si, evidentemente", razonó Victoria. Pero nada dijo, y se limitó a escuchar

—Los hombres somos así. Te parece que si no formalizas, no pones en riesgo tu libertad. Que "sin libreta" puedes seguir haciendo lo que se te da la gana... Aunque ya no te interese tanto hacer esas cosas que antes te parecían divertidas o inquietantes. Aunque lo único en que pienses durante todo el día sea en volver a casa, y que Carolina esté allí.

Nicolás se espantó al escucharse, y no le alcanzaron las palabras para una rápida retractación:

—Eso es lo que debía pensar el tal Tommy, por supuesto...

—Tommy..., claro... —asintió la muchacha con su mejor cara de seriedad.

—Y sin embargo el muy imbécil choca con la moto y la deja así: sola y desprotegida... —volvió a encolerizarse Nicolás.

—Un desconsiderado en morirse, el tal Tommy.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Por qué en vez de ocuparte del difunto no te miras a ti mismo?... ¿Tomaste acaso algún tipo de previsión para

con Agustina? Porque hace ya más de cinco años que estás con ella.

—Pero nunca convivimos —se justificó.

—Y el tal Tommy habrá pensado: "Pero nunca nos casamos"... Y es que para la idiotez, siempre hay buenos motivos.

Nicolás se quedó pensando mientras su amiga volvía a enfrascarse en el trabajo. Carpeta en mano, Victoria comenzó a repasar en su mente todo lo que aún le faltaba por hacer. Tendría que apurarse si quería llegar antes de las ocho a lo del pediatra del pequeño Gabriel, (el pobrecito hacía varias noches que no dormía por culpa de los dientes). Y, por cierto, una vez allí no debía olvidar comunicarse con el arquitecto Fuentes para discutir la remodelación de la planta. Y luego tenía que llamar a los del sindicato... ¡Y a la tintorería! Era la tercer camisa de Samuel que quemaban... ¡Ah!... Y luego la esperaba su hermana Esmeralda, (de seguro para pedirle dinero).

—Es curioso que hayas mencionado a Agustina.

La voz de Nicolás sorprendió a la muchacha, que ya se había olvidado de su presencia en la oficina. Y es que últimamente, sin razón alguna, estaba muy distraída. Y en su pensamiento abigarrado, Victoria encontró lugar para una preocupación más: tendría que ir al médico para preguntarle por su inexplicable cansancio.

—... Lo curioso es que la hayas mencionado justo ahora —insistió él—. Desde la explosión que Agustina casi no me dirige la palabra, y yo...

—La extrañas...

—No. Me siento culpable. Es raro, pero cuando llegué ese día a la oficina, y la vi llorando con tanto desconsuelo, me di cuenta de que, de verdad, estaba enamorada de mí.

—¿Y por qué no te habla, entonces?

—Por Claudia Soto.

—Leí por ahí que se reconcilió con el novio, así que ya no debe necesitarte tanto...

—No creas todo lo que lees.

—No entiendo...

—Digamos que al principio de la relación ella estaba enamorada, y él lo aprovechó. Ahora el enamorado es él, y a ella le ha llegado el turno de hacer sus propios negocios.

Victoria se quedó mirándolo. Y Nicolás solo pudo agachar la cabeza, avergonzado.

\* \* \*

Se sentía avergonzada. ¿Cómo había podido creer que un hombre como Nicolás Expósito estaba coqueteando con ella? Un hombre que, por otra parte, tenía novia. Rubia, de

seguro. Los hombres como él siempre tenían novias rubias y de piernas flacas.

Y bastó pensar en eso para que Carolina intentara ocultar un poco más sus piernas, estirando el cortísimo camisón transparente que su hermana le había "donado" con tanta generosidad. Y es que su hermana era muy generosa. Por eso, al verla desesperada luego de perderlo todo, no había dudado ni un minuto en regalarle las cosas más inútiles y ridículas que escondía en algún sitio olvidado. Así, el guardarropa de Carolina estaba ahora formado por pantalones de piernas demasiado anchas o estrechísimas, camisas con grandes florones, o zapatos más propios de la "campaña del desierto", que de la vida en la ciudad. Ropa que sólo podía verse en un desfile de París o, (lo más probable), en medio de los trapos que las parroquias repartían entre los más desesperados. ¡Pero así era su hermana! Generosa y desinteresada, (desinteresada en cualquier otra cosa que no fueran sus propias necesidades).

Un ruido distrajo a la muchacha, obligándola a volver a la realidad.

—Carolina... ¿estás despierta?

La joven pegó un salto. Del otro lado, su jefe le estaba susurrando. Y como si Nicolás pudiera además observarla a través de la gruesa madera, se apuró a cubrirse, avergonzada.

—¡Carolina! —insistió él, con voz ronca.

Estaba petrificada. Era él, Nicolás. El tipo con el que soñaba cada noche. Y ahora había ido allí a buscarla para...

¿Para?!!!!

—¿Estás despierta?

—Sí... —respondió al fin, también susurrando, sin saber por qué.

—¿Puedes abrirme?... Tengo que pedirte un favor...

¡Qué estúpida! ¿Qué había pensado? ¿Qué iba a tomarla entre sus brazos, y...?

—¿Me abres?

—Estoy en camisón.

—Te lo suplico.

Tímidamente Carolina lo obedeció, cuidando de asomar sólo la cabeza, mientras ocultaba el resto de su cuerpo.

—¿Qué necesitas?

—Te necesito a ti.

El corazón de la muchacha se paralizó.

—De verdad, te necesito —insistió Nicolás—. Tienes que acompañarme a la sala...

—Bueno, pero tendrás que esperar a que primero me cambie. Estoy en camisón.

—¡Mejor! —exclamó él.

Y sin darle tiempo para reaccionar, la tomó del brazo y la arrastró escaleras abajo.

Muchas veces Carolina había fantaseado con algo semejante. Pero en sus sueños, ella lucía un largo y vaporoso vestido blanco. Ese camisón, en cambio, parecía salido de una de sus pesadillas recurrentes. En ellas siempre solía rendir su último examen de pedagogía, apenas cubierta por una pequeña braga azul.

—Sígueme la corriente en todo lo que yo diga —le ordenó su jefe, justo antes de que abriera la puerta de la sala, y la empujara hacia adentro.

Allí, para sorpresa de la joven, aguardaba una mujer mayor muy elegante, con un largo pelo platinado, y un gran parecido a... ¿a?... ¡a la conductora televisiva!... Y como ocurría con la otra, tampoco en ésta se veía algo en su hermoso cuerpo que fuera natural.

—Carolina, te presento a Mercedes...

—Su madre —aclaró la mujer, con aire trágico.

Entonces ocurrió.

Sin ningún aviso previo, Nicolás se aproximó a la joven y la tomó por la cintura, cubriéndola con su propio cuerpo, en un gesto tan soñado como imposible.

Y ella se sintió desfallecer entre aquellos brazos fuertes.

—Mercedes pensó que le estaba mintiendo —le aclaró él, con tono dulce.

—Es que como nunca antes había presentado una novia, creí que...

La dama se interrumpió para observar a su "nuera" con descaro. Carolina, mareada por aquel contacto embriagador con el hombre de sus sueños, (¡¡¡¿una novia?!!!), sentía su corazón latir impetuoso entre los brazos de Nicolás.

—¿Sabes que me recuerdas a alguien?... —anunció la dama, como si su descubrimiento tuviera importancia— ¿Cómo se llama tu madre?

La muchacha tardó en reaccionar, tal era su turbación.

—Teresita Agüero —respondió al fin.

—¡¿Eres hija de Teresita?!... Ella y yo íbamos juntas al colegio. Bueno, en realidad, ella es muchísimo mayor que yo, pero... ¿Qué es de la vida de Teresita?

—Murió hace unos años.

—Lamento oírlo... Pero no te pareces en nada a ella. ¡Tu madre era... bellísima!

Nicolás soltó a Carolina, avergonzado por la ofensa, y preguntándose como iba a hacer para callar a Mercedes.

Por el contrario, la muchacha no pareció molestarse. Antes bien, se limitó a sonreír de esa forma encantadora que le era tan propia, y, con toda naturalidad, contestó.

—Sí, lo era... Pero yo salí a la familia de mi padre. Dicen que soy igual a mi tía...

—¿Tu tía?

—Elizabeth Castro. Se casó con un diplomático, y se fue a vivir a Inglaterra antes de que yo naciera. No la conozco en persona, pero...

—¡Elizabeth!... ¡Claro!... Eres igual a ella... Pero... si Elizabeth es tu tía, quiere decir que...

—Nicanor Castro es mi padre.

—¡Así que Teresita se casó con el estúpido de Castro! ¡Sí que debió estar desesperada!

"No tan desesperada, como embarazada", pensó Carolina.

—¿Y qué es de la vida de Nicanor?

—Lo ignoro. Nos abandonó antes de que yo cumpliera un año, y se volvió a la provincia de Córdoba.

—Créeme, les hizo un favor. Lo digo con conocimiento de causa, porque conmigo...

—¡Mercedes!, por favor... —la amonestó su hijo, temiendo otra de las historias escabrosas de su madre.

La dama lo ignoró, continuando la charla con su nuera como si estuvieran solas en el cuarto.

—Pero si eres una Castro debes conocer a...

Mercedes estaba encantada. Para ella era un placer poder jactarse de sus múltiples relaciones. Carolina la escuchaba

con docilidad, rememorando relatos y personajes que ya conocía de boca de su propia madre.

Olvidado en una esquina del cuarto, Nicolás las observaba a la distancia.

"La" observaba.

¿Así que esas eran las famosas piernas gordas de Carolina, que tanto se empeñaba en ocultar?

Sonrió.

En efecto, eran unas piernas robustas y bien torneadas, que servían de plataforma a aquella cintura mínima. Y a aquel culo encantador. Y a esos pechos naturales, que invitaban a hundirse en su suavidad.

¡Deliciosa!

La muchacha lo observó por el rabillo del ojo, y al ver la dirección de su mirada se ruborizó.

¡Encantadora!

Hacía tanto que Nicolás no estaba junto a una mujer soltera que no actuaba como una puta, que ya se había olvidado de que eso era posible.

Hasta los catorce, su experiencia con el sexo opuesto se había limitado a niñas con pechos más planos que el suyo, y viejas bigotudas arrastrando sus hábitos. Y la única referencia al placer que había escuchado hasta entonces, había sido la oscura recomendación del Padre Gregorio al

entrar al colegio de curas: *"Si quieres evitar el pecado, nunca te bañes desnudo frente a otro compañero; duerme siempre con las manos afuera de las sábanas; y por ningún motivo, (¡ningún motivo!), vayas solo al campo con el Padre Estaca"*.

Todas esas advertencias no le habían resultado entonces demasiado significativas, siendo como era un muchachito poco desarrollado, y demasiado solitario.

Pero cuando Aldo Ferrari fue en su busca para llevarlo a la ciudad, e instalarlo en su propia casa, junto a sus hijas, las cosas cambiaron de inmediato. Bastó llegar a la gran mansión, para abrirse a un mundo nuevo. Allí todo era sexo y sofisticación. Allí todo era Mercedes, la esposa de Aldo.

Mercedes...

Mercedes, la dama que siempre lo había mirado con desprecio. La mujer que, muchos años después, iba a enterarse de que era su propia madre.

Mercedes, pionera en cirugías estéticas, adoraba mostrar su cuerpo desnudo delante de todos. Y también delante de él, que hasta entonces sólo había sido capaz de distinguir a un hombre de una mujer, por el largo del cabello.

Y luego habían llegado las primeras vacaciones en Ibiza, con las pequeñas Vanina y Esmeralda correteando desnudas por allí.

Y en Ibiza, aquel verano en que apenas tenía quince años y todavía no superaba el metro sesenta de estatura,

había ocurrido lo impensable. Aquella mujer mayor, (la condesa... algo), con su aliento de borracha, lo había arrinconado en los vestuarios. Allí lo había acariciado hasta tensarlo, comiendo su sexo con glotonería, asustándolo a muerte, y a la vez haciéndolo explotar en oleadas de un placer imparable.

Luego de aquella experiencia había quedado tan avergonzado y confundido, que no se había atrevido a contarlo a nadie. Y no fue hasta varios meses después, en el lujoso colegio privado al que por ese entonces concurría, en que descubrió que no sólo se trataba de algo digno de ser contado, sino también de una historia de la cual, (adornada para olvidar los detalles sórdidos que lo habían angustiado), inclusive se podía alardear.

Luego vinieron las "fiestas de los viernes" en casa de los Ferrari, y el desfile incesante de mujeres fáciles y ansiosas: de pechos rígidos y esculpidos, casi de mármol, con piernas largas e invariablemente musculosas, que siempre se enredaban con fuerza a la hora del sexo.

Y después llegó el cansancio.

Y ahora, parado allí frente a aquel cuerpo deliciosamente natural, exhibido con timidez y encanto, sentía una excitación distinta. Algo que nunca le había ocurrido antes. No era esa necesidad furiosa entre las piernas que solía apoderarse de él ante una mujer sensual. No. Era el deseo simple de hundirse en aquellas curvas suaves, de demorarse en las caricias, de dejarse envolver por su calidez diáfana.

—Eres encantadora, querida... —concluyó Mercedes—. En eso "sí" saliste a Teresita. Y tu sonrisa... Tu tía Elizabeth conquistaba a todos con ella.

La voz de su madre sacó a Nicolás de sus cavilaciones.

—¡No sabes! —exclamó la dama en un tono tan agudo que asustó a la muchacha— la hermana de Nicolás quiere echarme de mi propia casa.

—¡Victoria no es mi hermana! —se defendió él—. Es la hija de tu marido, que no es lo mismo. Y la casa nunca fue tuya, sino de su abuelo materno.

—¡Cómo sea!... Hace más de veinte años que vivo allí... ¡Y ahora quiere tirarme en medio de la calle, como si fuera un perro!

—Creo que instalarte en un departamento de ciento cincuenta metros cuadrados, en una de las mejores zonas de la ciudad, no es precisamente... —se ofuscó su hijo.

—¡Ciento cincuenta metros cuadrados! —lo interrumpió—. ¡La sala de la mansión mide más que eso! ¿Cómo voy a hacer ahora mis fiestas de los días viernes?... ¡Y la piscina! ¡Sabes que necesito la piscina y el sauna!... ¡Es por una cuestión de salud!

—Victoria me dijo que el edificio tiene servicio de "spa".

Mercedes se enardecía: —¿Pretendes que tu propia madre use una piscina "comunitaria"?!

—¡La piscina de un exclusivo condominio de más de tres mil dólares el metro cuadrado, no puede llamarse precisamente "comunitaria" —resopló su hijo, embravecido, mientras la dama intentaba convencer a su "querida nuera". Carolina, por toda respuesta, se limitaba a observarla como si tuviera un póker de ases, y estuviera rodeada de tahúres.

—Además —insistió él—, Victoria está en todo su derecho. Esa mansión es muy cara de mantener.

—Es que si lo hiciera por el dinero, podría entenderlo, pero... ¿sabes lo que piensa instalar allí? ¡Un museo! Un sucio y asqueroso museo para exponer las obras de arte que acumuló el avaro de su abuelo.

—Y un salón para eventos y conferencias, y un restaurante.. —le comentó Nicolás con orgullo a Carolina. —Y todo lo que recaude por la explotación de la casa lo va a donar al hospital de niños.

—¡Miserable! —gritó indignada Mercedes—. ¡Por ese maldito hospital me deja a mí en la calle!

Su presunta nuera la miró con horror.

—No —se justificó la dama ante ella—, no creas que soy una insensible. Yo misma dono cada año una generosa cifra para...

—¿"Una generosa cifra", Mercedes? —puso en duda su hijo.

Ofendida, la dama se apuró a extraer de algún sitio de su anatomía un papel rosado, sólo para sacudirlo delante de Nicolás. El muchacho lo capturó en el aire.

—¿Quince pesos?!... ¿Donas quince pesos en todo el año, y además guardas el registro?

—Son deducibles de ganancias... ¡Y no es tan poco! Casi como cinco dólares. Y cuando se dona, no hay cifras pequeñas. Lo que vale es la intención...

Aquel era un diálogo de locos. Y si Carolina no hubiera estado acostumbrada a las charlas que solía tener con su propia madre, de seguro se hubiera escandalizado. Pero, habituada como estaba a la sinrazón de mujeres criadas en la opulencia y la estabilidad de un mundo que ya no existía para nadie, se limitó a sonreír a su "suegra" con encanto.

—Mercedes... —intervino por fin, tratando de convencerla—, tal parece que Victoria ya ha tomado una decisión. No creo que Nicolás pueda hacer algo para...

—¡Puede hacer! —la interrumpió la dama, con una sonrisa triunfal en los labios—. Por eso vine esta noche, desesperada y esperanzada a la vez... ¡Quiero mudarme aquí!... Claro que habrá que hacer algunas modificaciones, (Uriburu siempre fue un tacaño), pero la casa es espaciosa. Y podemos adaptar la piscina, incluyendo un carril de "nado contra corriente", y, además,.. ¡esta sala es inmensa!

—A Mercedes se le ocurrió eso porque ignoraba que tú y yo vivíamos aquí, juntos —le explicó Nicolás a su "novia", mientras volvía a tomarla por la cintura.

—¡Pero la casa es muy grande! —se apuró a exclamar la aludida, acercándose también ella para abrazar a Carolina, que quedaba así en medio de los dos rivales—. Y estoy segura de que tú y yo podríamos...

—¡Ni lo sueñes, Mercedes! —se le enfrentó su hijo.

—Es lo menos que puedes hacer por mí, luego de todos los esfuerzos y sacrificios que he hecho por ti. ¡Después de todo, soy tu madre!

—¿Y ahora te acuerdas?... ¿Dónde estabas cuando era niño?; ¿dónde, cuando era adolescente, y te necesitaba?... ¡No!, yo a ti no te debo nada.

—Sabes que, por las circunstancias que rodearon a tu nacimiento, no pude hacerme cargo como hubiera querido —comenzó a recitar, en tono de víctima, gesticulando con vehemencia.

Y Nicolás no pudo tolerarlo.

Si hubiera llorado, quizás Mercedes se hubiera salido con la suya. Pero aquella mujer dura, ni por conveniencia era capaz de largar una lágrima.

—En lo que a mí respecta, sólo Aldo Ferrari, tu marido, fue como un padre. Por los demás, soy huérfano. ¡No te debo nada!

—¡Te mandé a los mejores colegios!

—¿Quieres que te reintegre lo gastado en mi educación?  
¿Eso quieres?

Nicolás estaba fuera de sí. Y tal parecía que nada iba a poder refrenarlo, hasta que las palabras de Carolina lo dejaron mudo.

—¿Sabes, Nicolás?... Creo que Mercedes tiene razón...  
—dijo la muchacha con sencillez—. La casa es muy grande, y bien podríamos vivir los tres juntos.

Mercedes sonrió complacida, mientras el muchacho observaba a su "novia" con ojos desorbitados.

—... además, no dudo que tu madre va a poder ayudarnos con lo del colegio.

—¡¿Lo del colegio?! —gritaron madre e hijo al unísono.

—¿Nicolás no te comentó nada, Mercedes? Vamos a poner aquí una escuela para niños especiales. Ya tenemos todo aprobado, y en esta semana comenzamos las obras... Y no sabes lo importante que sería para mí si me ayudaras a controlar al arquitecto, y luego...

—¡Un colegio de retardados! —se espantó su "suegra".

—Para niños con necesidades especiales, como por otro lado, lo son todos. Pero no me refiero a los que tienen problemas de aprendizaje, sino todo lo contrario. Se trata de amparar y motivar a aquellos con talentos especiales, y que por ser distintos, no se sienten cómodos en la escuela

común. No necesariamente tienen que ser "superdotados", como se decía antes. Pueden ser artistas, o niños con una curiosidad privilegiada.

—¿Un colegio?... ¿De dónde ha salido eso? —preguntó horrorizada la dama.

—Tanto Nicolás como yo hemos sufrido por ser "distintos", y este proyecto es una forma de hacer una diferencia en la vida de los demás. Pero no creas que se trata de una aventura. Soy licenciada en ciencias de la educación, y por este plan de escuela he recibido un premio de la UNESCO.

—Pero si es sólo un proyecto... —se esperanzó la dama.

—Ya está todo concertado. ¡Pero puedes incorporarte a la tarea!... Imagínate despertar cada mañana sabiendo que contribuyes a mejorar la vida de alguien.

—¿Un colegio? —repitió la dama, incrédula—. Un museo y un colegio... ¡Maravilloso!... —comenzó a enojarse—. Me imagino que, al menos, ustedes "sí" cobrarán.

—¡Y muy caro! —se apuró a decir la joven—. Y con esa ganancia financiaremos a niños talentosos, seleccionados de lugares pobres.

—¿Vas a mezclar clases sociales? —preguntó Mercedes, sin ocultar su asco.

—Mañana mismo puedes mudarte —se entusiasmó la joven sin responderle—. ¡No sabes como necesitamos ayuda!

Todo el gesto de Mercedes cambió, y su vehemencia se transformó rápidamente en frialdad.

—Querida mía... Lo lamento, pero "paso". Soy alérgica a los gritos. Mi sistema nervioso... Aunque no lo parezca, soy una mujer muy enferma...

Carolina puso su mejor cara de decepción.

Por cierto, Mercedes no se imaginaba a sí misma "tocando la campana" cada día.

—Me voy —dijo al fin—. Se ha hecho tarde, y no quiero molestarlos más.

Nicolás la observó partir sin intentar saludarla.

—Por cierto —exclamó la dama a su hijo al llegar a la puerta—, ¿lo de devolverme el dinero que invertí en ti, sigue en pie?

—Mañana por la mañana tendrás el cheque.

—No te olvides de actualizar los importes —le advirtió. Y mirando a su "nuera"—: Tú sabes... Por la inflación.

Cuando finalmente se fue, Nicolás cambió de inmediato de actitud. Su ceño adusto se relajó. Su mirada fría, se cambió en una sonrisa juguetona. ¡Estaba encantado!

—La has manejado a la perfección —felicitó a Carolina.

—Tengo experiencia. Es igual a como era mi madre.

—¡Y ese asunto del colegio!... ¿Cómo se te ocurrió?

—Es un viejo sueño...

—Hablabas con tanta seguridad, que realmente parecías una licenciada...

—Sí... Bueno, eso no tiene mucho mérito... Soy licenciada.

—¿Cómo?

—Medalla de oro.

—¿Y lo del premio por...

—No. Eso lo inventé. El premio me lo dieron por un estudio acerca de la factibilidad de una educación personalizada en condiciones de extrema pobreza.

—¿Te dieron un premio?

—Sí. La UNESCO. No es gran cosa...

Nicolás no salía de su asombro.

—Medalla de oro, un premio..., eres de buena familia... ¿Qué haces aquí, limpiando mi retrete cada mañana?

—Eso de que pertenezco a una buena familia... Ya escuchaste la historia. Y en cuanto al dinero... Digamos que sólo nos ha quedado el apellido.

—Pero eres universitaria, y...

—Trabajo de maestra. Las ciencias de la educación son muy valiosas, pero poco redituables.

Carolina se sentía incómoda. Ahora que Mercedes se había ido, sólo estaban allí Nicolás, ella, y sus piernas gordas. ¡Una verdadera multitud!

—Voy a acostarme— se excusó.

—Todavía no —ordenó él, reteniéndola.

Se sentía embrujado por la presencia de la muchacha. Por sentirla tan próxima, y a la vez tan ajena. Casi desnuda, hablando con suavidad de su vida y sus desencantos.

Casi desnuda...

—¿Cómo supiste que no fui feliz en la escuela?

—Te gusta la soledad, y tienes la mirada más triste que he visto en mi vida.

Al escucharla Nicolás agachó la cabeza, avergonzado. Ahora era él, el que se sentía desnudo ante ella.

Carolina sintió unas ganas irrefrenables de abrazarlo, de consolarlo. De acariciarlo hasta que el dolor desapareciera de su mirada, y sólo quedara la dulzura. Pero en vez de eso, sin mediar palabra, se apuró a salir del cuarto, por la puerta que llevaba a las escaleras de las dependencias de servicio.

Nicolás se quedó confundido. ¿Iba a irse así? ¿Iba a dejarlo solo? ¿Iba a cerrarle la puerta, ahora que le había abierto el corazón?

Esperó unos minutos quieto, sin convencerse. Y entonces, lentamente, la puerta comenzó a abrirse otra vez. Y como una visión, se asomó Carolina, con aquel camisón transparente. Con sus piernas deliciosamente gordas, y su pecho suave.

Nicolás apenas pudo respirar al verla allí, tan cerca y tan lejos a la vez. Y entonces ella le habló:

—Me olvidaba de decirte... Esta tarde llamó tu novia.

# Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita  
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

*Una novela romántica diferente.*